

El danés serbio

EL ESCRITOR Y FILÓSOFO Franji Draskuvik era un hombre satisfecho. Estaba satisfecho de sí mismo y de su barba bien cuidada; de aquella luz de fin de verano que daba a su bella ciudad, Zagreb, el aspecto de una muchacha joven; y estaba satisfecho también de que el nuevo ejército croata por fin hubiera expulsado de Krajina a los malditos serbios. Pero, sobre todo, Draskuvik estaba satisfecho con el comentario que acababa de grabar para la radio nacional croata, en un estudio en el que aparecía con la fotografía del presidente al fondo. Como solía hacer, había leído el texto en un tono más bien bajo, casi en un susurro, pero de modo resuelto. Había dado a su voz

un toque ronco, lo preciso para que su voz provocara un frío y suave escalofrío en las espaldas de sus fieles oyentes. Sus frases, bellas, floreadas, patrióticas, habían pasado de su boca pequeña a su gran barba gris y, engullidas por el micrófono, habían sido registradas en una cinta para su retransmisión a todos los buenos ciudadanos de la Croacia fuerte y libre.

Draskuvik era un intelectual balcánico y estaba orgulloso de serlo. Con términos precisos y grandilocuentes había dejado claro, en su comentario, quién tenía derecho sobre la región de Krajina. Había puesto al descubierto las mentiras de los serbios y de las mafias internacionales que mantenían que era una antigua zona serbia. Draskuvik podía contarles que, hacía trescientos años, los serbios habían sido llevados allí por los sanguinarios austrohúngaros para que sirvieran de avanzada contra los paganos turcos. A cambio de la tierra, los barones serbios debían defender la frontera exterior del Imperio. Los serbios eran colonizadores y no otra cosa. Krajina ahora había sido liberada, por fin. A pesar del boicot internacional y de la conspiración serborusa, Croacia, con la ayuda alemana y norteamericana, había reconstruido su glorioso ejército. Los croatas habían luchado como verdaderos patriotas, dejando claro que ahora, en los Balcanes, quedaba establecido un nuevo equilibrio de fuerzas. Tras cuatro años de humillaciones, Croacia estaba en condiciones de defender su sagrada tierra. Ya era hora. Por primera vez, los serbios tenían que huir. Ahora probarían de su propia medicina.

Y cuando llegó el momento, vaya si corrieron; lo hicieron como perros apestados mientras las infames tropas de Naciones Unidas, lacayos de los traidores de la comunidad internacional, les cubrían en sus sucias madrigueras.

—¡Patriotas verdaderos! ¡Escupidles! Escupid a los que no se merecen más que desprecio —les había conminado a los oyentes.

Las imágenes televisivas de los serbios huyendo con sus miserables pertenencias empacadas en viejos carros le producían gran satisfacción. Sólo le molestaba que se les permitiera huir en unos tractores que, sin duda, habrían robado. Deberían obligarles a ir a pie. A arrastrarse sobre sus rodillas ensangrentadas. Tenían mucho de lo que arrepentirse. Por un momento pensó en desplazarse él mismo a Krajina para ver con sus propios ojos a esos perros fugitivos en su huida y a animarles con unas cuantas palabras bien elegidas, que aparecerían luego, sin duda, recogidas en los periódicos. Le vino una imagen a la mente: un distinguido intelectual europeo que no temía mezclarse con los valientes hijos del pueblo. Pero descartó la idea. Su vida era demasiado importante. Él era un gran poeta y un hombre ya mayor. Se quedaría pues en Zagreb. Él luchaba en su propio frente. El frente intelectual, que era tan importante como los otros frentes. Sin alimento espiritual, los soldados no podrían luchar. Querrían saber por qué luchaban. Necesitarían fuerza espiritual y moral.

Terminó su comentario:

—¡Compatriotas! ¡Id con Dios a Krajina y haced que esta tierra liberada dé frutos otra vez!

Sí, Draskuvik estaba satisfecho. A pesar del calor, iba trajeado y llevaba bajo el brazo una revista croata en la que había colaborado con un artículo sobre la necesidad de limpiar de elementos contaminados las zonas liberadas. Draskuvik se consideraba un pensador y un patriota. Escribía sobre el valor y la justicia patrióticos, exactamente igual que los intelectuales serbios escribían sobre la valentía y el honor. Los intelectuales nunca veían la sangre y las penalidades. Él escribía sus comentarios envenenados para contrarrestar las maldades serbias. Desde sus despachos seguros y cómodos apartamentos, los intelectuales arrojaban palabras que creaban y alimentaban el odio.

Avanzaba despacio entre la multitud hacia su café favorito. Saludó displicentemente a los ciudadanos que le reconocían, y miró con desprecio a un par de soldados de Naciones Unidas medio borrachos que intentaban entablar una conversación con dos chicas jóvenes. Los soldados eran ucranianos; pensó que las chicas no estarían muy interesadas en ellos, a no ser por los marcos alemanes que los ucranianos se hubiesen ganado con el contrabando, y que ayudarían a vencer su resistencia. Mentalmente, tomó nota para su próximo programa radiofónico. Trataría sobre la necesidad de mantenerse limpio, incluso en los duros momentos de la

lucha. Será otro apoyo moral para los que luchan en el frente, pensó satisfecho.

A cierta distancia, Vuk le observaba.

Vuk estaba sentado sobre una moto algo desvencijada cuya matrícula no podía leerse, por culpa del barro. Llevaba el casco puesto y tenía la visera bajada. Con sus vaqueros azules y su chaqueta gastada de piel marrón se parecía a cualquier gamberro de la capital de la independiente Croacia.

Vuk miró a Draskuvik con atención. Su bamboleo le hacía mover su gran culo casi como si fuese una mujer; y su barriga parecía surcar el aire como una gabarra bien cargada a su paso por el Danubio. Hacía cinco días que Vuk lo estaba esperando en el café. El primer día Vuk llevaba traje y se había sentado junto a una mesa en la acera del café. Al siguiente día, pasó delante del local vistiendo un uniforme de las fuerzas danesas de Naciones Unidas. El tercer día volvió a llevar traje. El cuarto día llevó una camiseta corta y un par de pantalones claros y un chaleco de esos con los que tanto les gusta pavonearse a los periodistas extranjeros.

Draskuvik nunca cambiaba la rutina. Llegaba a la radio a las nueve y a las diez y media bajaba al café a leer los periódicos. A Vuk le parecía absurdo que no tomara medidas de seguridad. El país estaba en guerra, y Draskuvik era uno de esos hijos de puta que con su propaganda atizaba el odio contra los serbios. ¿Acaso no sabía que podía ser un objetivo? ¿Tan estúpido era? ¿O tan arrogante?

Vuk sudaba. Sentía las gotas de sudor que le caían por la nuca y las mejillas. La camiseta se le pegaba a la espalda y al vientre. El casco y la chaqueta de cuero le daban mucho calor; pero no era sólo por eso. Antes de cualquier acción, sudaba. La gente hablaba del sudor del miedo, pero lo describían como un sudor frío. Quizás no se trataba de miedo o nerviosismo, sino sólo de un exceso de adrenalina; pero las manos no le temblaban. Sus sentidos se habían agudizado y percibía los detalles tan claros y precisos como si hubiesen sido esculpidos al cincel. A su lado, casi tocando la moto, sintió la bella curva de una nuca de mujer, los ojos casi negros de un niño, la mejilla con acné de un soldado ucraniano, la pintura amarilla de una pared desconchada, el sonido agudo de un silenciador defectuoso, el olor a gasolina barata y el olor de un cuerpo sucio. Y Draskuvik, con su barriga vulnerable y su cara de piel suave e inocente como de niño.

Draskuvik estaba sentado fuera en una de las mesas vacías de la segunda hilera, a la sombra, y bajo el tejadillo. El camarero le conocía y le trajo un café y un periódico. En cuanto encendió su puro, Vuk puso la moto en marcha. El motor gruñó y quienes hubieran querido fijarse, habrían podido ver que debajo de la carrocería estropeada y sucia se ocultaba un motor más nuevo. Se bajó un poco la cremallera de la chaqueta, metió la mano derecha y palpó la culata de una Markarov de fabricación rusa. Contenía ocho balas de 9 mm. Era una pistola algo rudimentaria, pero para Vuk era fiable. Como la mayoría de la ma-

quinaria rusa, era sencilla y adecuada para actuar en situaciones difíciles. La Markarov tenía una culata robusta. No importaba. Llevaba guantes de piel delgada y a esa distancia no se necesitaba precisión sino fuerza de penetración. A dos mesas de la de Draskuvik, había una pareja joven que hablaba en voz baja, con sus caras juntas como suelen hacer las parejas enamoradas. Más al fondo del café, un grupo de hombres mayores jugaba a las cartas. A la derecha de Draskuvik había un grupo que podría suponer un peligro. Eran tres soldados croatas, pero no parecían armados y se veía que estaban borrachos. Debían de haber estado bebiendo toda la noche y parecían tener intención de seguir igual el resto del día. Discutían disparatadamente sobre quién pagaría la próxima botella de *slivovitj*. El último cuarto de hora se lo habían pasado fanfarroneando sobre sus hazañas durante la campaña de Krajina; sobre esos perros de serbios que habían caído como moscas bajo sus balas.

En la callejuela lateral no había mucho tráfico. Sin prisa, circulaba un Mercedes de rayas grises, que dejaba a su paso una estela de diesel sin quemar. Un matrimonio mayor pasaba junto a la alcantarilla con una bolsa de la compra vacía. Una madre regañaba y tiraba de su hijo, que gritaba protestando.

Vuk tomó aire tres veces y recordó las palabras del Comandante: «No seas nunca teatral. Deja eso para los actores de cine. Rápido para dentro. Rápido para fuera. No pienses en nada más que en sobrevivir».

Pasó una pierna por encima de la moto y se apeó. Las Reebok con suela de goma no hicieron el menor ruido cuando dio unos pasos por la estrecha calzada en dirección a Draskuvik. Sacó la pistola de la funda de hombro, cargándola con un movimiento acompasado y disciplinado. Draskuvik alzó la vista y quizá alcanzó a ver la cara de Vuk tras la visera de color ahumado, pero nadie podrá ya saberlo. Vuk le disparó dos veces en la cara y una en el pecho. Draskuvik cayó hacia atrás. El puro se le cayó de la boca encima de la chaqueta. Antes de que Draskuvik tocara el suelo, Vuk, con pasos tranquilos y amplios, volvía a estar junto a la moto. No guardaría la pistola. Se montó en la moto y la dejó caer sobre el asfalto. En el país no escaseaban las pistolas. Al no volver a meterla en la pistolera, ganaba un instante. Las pocas personas que pudieron reaccionar miraban a Draskuvik, y no a Vuk. Tenían los ojos fijos en la sangre que se había derramado sobre la mesa y había alcanzado el suelo antes de que alguno de ellos, en principio acostumbrados a la guerra, se lanzara al suelo y empezara a gritar. El primer grito llegó cuando Vuk ponía la primera y aceleraba al doblar la esquina.

Una espalda con una chaqueta de piel marrón y un par de vaqueros azules a lomos de una moto. Seguro que japonesa. Parecía vieja, pero debía de ser por el barro y la suciedad. Eso era todo lo que los testigos podrían recordar.

Debía de ser bastante nueva, y había sido robada hacía un par de días a un conocido contrabandista del puerto, en Split,

que aún dudaba en denunciar el robo porque la había pasado por la frontera sin el conocimiento de las autoridades.

Vuk tomó la calle principal y siguió rápido, pero con prudencia, unos cuantos cientos de metros. Aparcó junto a un supermercado y se quitó el casco. Lo colgó en el manillar y sacó un pequeño revolver Smith & Wesson de cañón corto de la bolsa lateral de la moto. Se lo metió en el bolsillo de la chaqueta, y sin volverse se dirigió a la acera al tiempo que con aire despreocupado se quitaba la chaqueta y se la colgaba al hombro sosteniéndola con un dedo, a modo de colgador. Había metido los guantes en el otro bolsillo. Tenía el pelo negro. Los peatones veían a un hombre joven como cualquier otro joven de pelo negro y con un bigote negro y bien poblado. Tenía buena estampa. Sus ojos azules le distinguían de otros jóvenes, y más de una mujer se había vuelto para mirarlo. Tomó una calle lateral. Abrió la puerta de un Lada de color rojizo, y arrancó el vehículo.

La policía croata perdió ahí la pista. Nadie recordaba el número de la matrícula y las descripciones que tenían del agresor eran tan divergentes que resultaba imposible hacer un retrato-robot. El asesino se había esfumado en el cielo azul. O más bien en el caos de la guerra.

El joven, que se llamaba Vuk, se dirigió hacia el Sureste. Hacia Eslovenia. Conducía despacio y seguro. No había mucho tráfico. Las aldeas lucían bañadas por el resplandor amarillo del sol de un verano que se acababa. En los tejados rojos, se veían los

agujeros negros que habían dejado las granadas. El viento mecía las cortinas blancas a través de los cristales rotos de las ventanas. Afuera había muy poca gente, aunque la guerra ya había pasado por ahí. Al cabo de un par de horas, se detuvo en lo alto de una colina y miró hacia una carretera más importante allá abajo. El polvo se elevaba formando columnas. Eran tractores que tiraban de los carros con la cosecha y pequeños carretas arrastradas por un solo caballo. En el aire se notaba el olor a diesel. Los carros estaban cargados de ropa, muebles viejos, cacharros de cocina y colchones. Los niños, sentados, miraban con ojos ausentes, y los hombres iban sin afeitarse. Los pañuelos de colores de las mujeres tenían una capa de polvo. Siguió mirando a sus compatriotas. También ellos, ahora, probaban el sabor de la huida. Se fumó un cigarrillo y los siguió con la mirada. Volvió a sentarse en el coche. Condujo unos doscientos metros por un camino sin asfaltar, y aparcó el Lada junto a un grupo de árboles. Del maletero extrajo una mochila gastada y la dejó en el suelo. Sacó una carga de explosivos de la mochila y ajustó el detonador para que se accionara a los cinco minutos. Echó la carga sobre el asiento delantero. De un solo movimiento se puso la chaqueta. Recogió la mochila y, con pasos rápidos, sin precipitarse, se alejó del coche y bajó hacia el río Save, que separa Croacia de Bosnia-Herzegovina. Cuando oyó el estallido y el crepitar del Lada en llamas no volvió la cabeza. Siguió el ruido de la explosión del tanque de gasolina, que dejó una densa humareda negra eleván-

dose en el cielo. Hacía tiempo que una bomba ya no causaba asombro en los Balcanes. Podría sorprender a algún avión de la OTAN que, desde alguna parte, volaría perezosamente hacia allí a ver qué es lo que estaba ardiendo. El piloto vería un coche en llamas y un puntito alejándose. Un pastor que iba a lo suyo. Un fugitivo solitario en un país de fugitivos.

Se acercaba la noche cuando Vuk llegó a una casa a las afueras del pueblo. Le dolía la espalda y estaba cansado. De la chimenea salía humo blanco. El tejado y las paredes estaban intactas. La guerra no había llamado a esa puerta. Vuk miró alrededor. A lo largo de una de las paredes de la casa, un perro solitario corría con la cola entre las patas. Era de color amarillento y aspecto debilucho, pero no ladró. Levantó la mano para llamar cuando en ese mismo instante se abrió la puerta.

—Hola, Vuk. Te esperaba —dijo la mujer que había abierto. Era bastante joven, tenía el pelo largo, negro y tenía unos hermosos ojos negros, pero les faltaba vida.

—Hola, Emma —le dijo él, besándola en la boca.

—Te esperaba —dijo ella—. Ya lo han dado en las noticias.

Vuk no dijo nada.

—Lo del escritor croata... —siguió ella.

—Es mejor que no sepas nada.

—Entra, Vuk. ¿Te quedarás esta noche?

—Pasaré el río tarde, esta noche.

—¡Lástima! Pero... el comandante ha enviado un recado. Quiere hablar contigo lo antes posible.

Por primera vez, Vuk sonrió. La sonrisa le iluminó la cara. Fue como si desaparecieran los surcos de su curtida cara y dejaran al descubierto al niño que escondían.

—Entra, Vuk, y deja que te lave la cabeza —dijo Emma sonriendo ahora ella también.

En la sala, sencilla, decorada con muy buen gusto, había una mesa y una librería con libros encuadernados. De la pared colgaban cuadros con paisajes de los montes bosnios, y en un rincón había un sillón y una bonita lámpara junto a una mesilla cubierta con un tapete de encaje. Encima había un libro y cosas de costura. Era una habitación limpia y muy femenina. Desde allí se veía una cocina pequeña. En los fogones, hervía agua en una olla. Un pequeño pasillo daba a un dormitorio con una cama de matrimonio. Encima de la cama había un crucifijo ortodoxo.

Mientras se quitaba la chaqueta y la camisa, Vuk resiguió con la mirada las delgadas piernas de Emma que aparecían bajo un fino vestido.

Vuk era delgado pero musculoso. En su hombro izquierdo tenía una cicatriz como hecha a cuchillo. Emma tomó una de las sillas que había alrededor de la mesa y la colocó sobre unos papeles de periódico abiertos en el suelo de losetas de la cocina.

—Siéntate, Vuk —dijo.

Cogió un cucharón. Echó el agua caliente de la olla en una jofaina y la puso sobre la mesa de la cocina. Acabó de llenarla con agua fría y antes de meter la esponja para mojarle el pelo negro, probó con el codo que no estuviera demasiado caliente. Él estaba sentado con los ojos cerrados mientras delicadamente ella le enjabonaba el cabello. Era agradable sentir aquellas manos fuertes y suaves, frotándole despacio la cabeza. A medida que lo enjuagaba, la espuma negra iba cayendo sobre los papeles de periódico. Volvió a enjabonarle el pelo. Cuando se lo enjuagó por tercera vez, el pelo aparecía ya rubio. Con cuidado le humedeció el bigote negro. Él no se movía. Y sin hacerle daño, como una madre que le quita una tirita a su hijo, le arrancó el bigote de un tirón. Vuk abrió los ojos. Su cara estaba muy cerca de la de ella. Sonrió.

—Hola, querido —dijo ella.

Él la besó.

—Levántate —dijo ella.

Se levantó. Emma le desabrochó el cinturón y le bajó el pantalón. Vuk había vuelto a cerrar los ojos. Le levantó primero un pie, luego el otro. Deslizó la mano bajo el calzoncillo *boxer* y se lo quitó también. Él seguía con los ojos cerrados, sin moverse. Otra cicatriz serpenteaba como una culebra por su cadera. Ella la acarició con cuidado y a él se le puso la piel de gallina al recordar el dolor del cuchillazo de aquel croata.

Emma echó más agua en el fregadero y volvió a llenar la jofaina con agua caliente. Mojó la esponja y lo enjabonó despacio. Empezó por los hombros y fue bajando hasta los pies. Él estaba de pie, desnudo, sin moverse. Emma notaba cómo su clara piel se enrojecía y su sexo se estremecía. Pero ella conocía bien su capacidad de control. Le quitó el jabón con la esponja recién escurrida. Después, ella se pasó el vestido por encima de la cabeza y cogió una toalla limpia que había dejado en la mesa junto a la jofaina.

Cuando la oyó quitarse el vestido, Vuk abrió los ojos. Sonrió y su sonrisa subió a sus ojos azules. Ella le secó el cuerpo despacio, sensualmente. Le frotó enérgicamente pero con suavidad. Empezó otra vez por la cara y los hombros, hacia abajo. Cuando finalmente le presionó los testículos, el pene se hinchó. Ella lo empujó levemente sobre la silla y se sentó sobre él.

Estuvieron sin moverse. Ella, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás. Él, sujetándole las nalgas.

—Quédate conmigo esta noche, Vuk —dijo ella.

—Me quedaré contigo.

—Y él, ¿qué?

—Que espere. De todos modos, la guerra está perdida. Es el momento de las traiciones. Da lo mismo un día antes que un día después.

—Quédate esta noche; así los demonios se quedarán fuera —dijo ella.

—Me quedaré contigo esta noche —dijo él. Y se apretó contra ella.

Él sabía que, de todos modos, los demonios volverían a visitarla. Vendrían por la mañana, en la oscuridad, antes de romper el alba. Fantasmas, esqueletos, espíritus y purificadores étnicos. Sombras del reino de los muertos que habían visitado a su familia y la habían aniquilado durante el primer año de guerra, hacía cuatro años, cuando ella sólo tenía quince años. Ahora regresaban cada noche en sus sueños pero, para ella, las pesadillas eran más reales que la vida despierta.

Vuk la envidiaba. Emma podía sentir dolor y culpa. Vuk sólo podía sentir el cuerpo de ella.

El resto permanecía helado.



EN ESTOS DÍAS, cuando Lise Carlsen se despertaba, era siempre con la sombra de algún sueño absurdo apostado en el borde extremo de su conciencia medio dormida. Se despertaba asustada y como fuera de su propio cuerpo. Como si flotara y planease sobre la cama de matrimonio bajo la luz de una mañana de fines de agosto y pudiera verse a sí misma allá abajo y a aquel hombre que yacía acurrucado, o panza arriba, con los labios apretados y la expresión de quien lucha por intentar decir algo. No podía recordar sus sueños. Desaparecían en cuanto oía la radio. La música o las voces la despertaban justo antes de que dieran las noticias. No quería despertarse oyendo

hablar sobre muerte y destrucción, así que escuchaba música pop o las últimas informaciones sobre el tráfico. Hacía treinta y cuatro años que para ella la vida se reducía a dormir o dejar de dormir. O así lo recordaba. De bebé había sido una niña fácil. Dormía bien por la noche y se levantaba con una sonrisa y parlotando. Le gustaba quedarse sola un rato jugando con los dedos de las manos y los pies. Al menos eso era lo que le había contado su madre. Pero ahora, este verano, le estaba resultando difícil conciliar el sueño y se despertaba sintiendo pesadez en la cabeza y un regusto en la boca de un sueño estúpido y sin sentido.

Lise Carlsen, tumbada de espaldas, miraba al techo mientras oía las últimas notas de *Take That*, la canción que aquel verano había sonado ininterrumpidamente en el Programa 3 de la Radio Danesa. Aquel día volvería a ser un día de calor. La brisa agitaba un poco las cortinas. Ole gruñó y se dio media vuelta dándole la espalda. En otro tiempo él le hubiera cogido la mano y se habría acurrucado contra ella. O ella contra él. Su ánimo decayó aún más al pensar que el único recuerdo que tenía de haber hecho el amor la noche anterior era una sensación pegajosa entre las piernas; ningún recuerdo placentero. Ambos estaban desnudos. ¿Cómo podía ser de otro modo con ese calor? Hubiera querido un poco de lluvia y frescor. El calor produce sudor y excitación, así que uno se pega al cuerpo más cercano. Da lo mismo que los sentimientos queden a un lado. El calor pide

desahogo. Las hormonas se ponen a cien. Bajó el edredón hasta el ombligo, puso las manos debajo de la nuca, sobre la almohada húmeda, y escuchó la radio. No sabía por qué cada mañana escuchaba aquella radio mientras despertaba al mundo. Cuando terminaban de hablar, ella no recordaba qué habían dicho hasta que lo volvía a oír repetido una hora más tarde. Pero le suponía cierto consuelo oír que su propia desgracia no era nada comparada con aquellas otras con las que los locutores, con sus voces neutras, la devolvían cada día a la dura realidad. Ole odiaba que lo despertaran con música y chácharas. ¿Sacarlo de la cama conyugal era lo que realmente quería? ¿O de su matrimonio? Ella era periodista, ganaba su propio dinero, podía comprarse su propio radio-despertador; lo había comprado, lo había instalado y lo usaba y ¡basta! ¿Había dicho ella esas palabras? ¿Era una muestra de su baja autoestima el haber bajado tanto el volumen que no podía oír lo que decían? A Ole no lo despertaba ni un cañonazo, o sea que a él no le molestaba en absoluto. A ella sí, sobre todo ahora que el más mínimo ruido la despertaba como si tuviese los nervios a flor de piel.

Las noticias contaban siempre lo mismo. El inicio de las típicas batallas políticas sobre el próximo presupuesto, la interminable guerra en Yugoslavia y la persistente sequía. De hecho, ella no escuchaba. Trataba de entender por qué se sentía desdichada y por qué no lograba sustraerse a esos pensamientos hasta después de haber tomado una ducha. Pero oyó que

nombraban a Santanda. Recordó su imagen. Una agradable mujer menuda, de cara redonda, ojos marrones y poseedora de una gran capacidad para tratar temas duros y cuestiones de vida o muerte sin hacer sentir al interlocutor incómodo. No alcanzó a entender de qué se trataba. Sólo oyó mencionar el nombre de Sara Santanda y el de Irán. Y al Ministro de Asuntos Exteriores danés, que hablaba por una línea de teléfono que se entrecortaba, lamentando que las *cruciales* conversaciones con el gobierno religioso de Teherán no habían arrojado los resultados esperados. A las ocho podría volver a escucharlo, si era lo suficientemente importante. De lo contrario, tendría que esperar a leer la noticia en la sala de prensa.

Dio un ligero empujón a Ole y se levantó de la cama. Él gruñó, pero ella, antes de meterse en el cuarto de baño, alcanzó a ver que había abierto los ojos. Olía ligeramente a alcohol rancio.

—Por Dios, apaga esa radio... —oyó que decía él antes de cerrar la puerta.

El baño siempre le hacía bien. Primero agua caliente, luego fría. Sólo después de haber permanecido un rato de pie en la espaciosa cocina comedor, con la luz entrando a raudales por la ventana y oyendo al fondo el leve zumbido del tráfico matinal de Østerbro, desaparecían lo que ella llamaba sus «ideas negras matutinas». Ya no anhelaba la lluvia ni el frío. Ya habría tiempo de que llegaran a Dinamarca, donde el gris

era el color habitual. Le encantaba el sol y el calor. Vertió agua en la cafetera, puso la mesa, hirvió unos huevos y, mientras cortaba unas rebanadas para hacer tostadas, volvió a tomar la decisión de hablar «de ello» con Ole. Si no podía hablar con su marido de una ligera depresión, ¿con quién iba a hacerlo? Y además, él era psicólogo. Le pagaban para escuchar problemas psicológicos graves. Quizás por eso a ella nunca la escuchaba. No debía de encajar con las teorías de sus manuales. Quizá el problema estuviera en que ella sólo le contaba la mitad de lo que pensaba y sentía.

Lise recogió los periódicos de la entrada. El *Politiken* y el *Berlingske*. Así podría ver qué decía la competencia en las páginas culturales. Rápidamente hojeó el *Politiken* y vio su artículo sobre la nueva galería, muy dignamente publicado a tres columnas, pero el *Berlingske* había puesto una fotografía, y quedaba muy bien. ¿Y no entendían todavía esos idiotas de la redacción por qué la tirada se reducía? Buscó las páginas de la Sección Internacional y echó una ojeada a los titulares. Ya lo leería más a fondo después de desayunar o en la redacción. Ahora tenía que salir rápidamente del apartamento, era como si allí no pudiera concentrarse. Tiró los periódicos sobre la mesa de roble recién limpia que dominaba la cocina y la sala. La cafetera resopló un poco. Fuera, un pájaro cantaba débilmente.

Ole entró y la besó en la mejilla antes de sumergirse en la principal sección del *Berlingske Tidende*. Había sido socia-

lista radical, pero ahora era independiente y tenía su propia consulta.

—¿Podrías bajar la radio... o apagarla? —dijo él.

—Quería oír las noticias. Las van a dar en seguida.

—Da lo mismo que las oigas ahora o dentro de una hora.

—Soy periodista.

—¿Y...?

—Que tengo que seguirlas.

—Pues hazlo en el trabajo.

—Cada mañana repetimos lo mismo.

—De algo hay que morir, ¿no?

—¿Qué quieres decir con eso? —dijo ella.

Él levantó la vista del periódico. Las rebanadas de pan saltaron del tostador y ella se volvió automáticamente para cogerlas.

—Que parece que nos dediquemos a gastar energía en discutir por tonterías en lugar de hablar en serio de por qué parece que nuestra relación está en crisis.

Ella estuvo un momento en silencio con las tostadas ca-lientes en la mano. Notó que se quemaba y casi las soltó sobre la mesa agitando las manos. ¡Auuu! No tenía ningunas ganas de hablar ahora. Quería elegir ella el momento adecuado.

—No hace falta exagerar. ¿No te lo has pasado bien esta noche? ¿Es sólo porque quiero escuchar la radio por la mañana?

Él volvió a su periódico.

—Me espera un día largo —dijo él.

—Di, te lo has pasado bien, ¿o no?

—Tú siempre has sido muy fogosa, Lise. Y yo soy el que está aquí, ¿no?

—Eres muy duro.

—Era un cumplido.

—Pues no me lo ha parecido —dijo ella, volviendo a su periódico.

—Tendré que pedirte una hora de visita —siguió ella. No habría querido decirlo pero le salió así.

Él volvió a levantar la vista y la miró con esos ojos cansados y resabiados que ven desfilar cada día la locura humana mientras la secretaria rellena las facturas. Las depresiones se miden en coronas y céntimos. Anotaciones para la Seguridad Social. La ayuda se administra en dosis precisas. ¿Por qué se enamoró de él? Aunque diez años mayor que ella, era bien parecido. Inteligente, hablador, sabía escuchar, era culto, idealista, hábil en la cama, divertido y le gustaba viajar. ¿Cómo podía alguien cambiar tanto en ocho años? ¿O era ella la que había cambiado?

—Reserva todo el tiempo que quieras —dijo él—. Si quieres, claro.

—Me gustaría poder escuchar las noticias —dijo ella poniendo mantequilla y queso sobre la mesa. Tomó el *Politiken*

y lo hojeó para ver qué trato habían dado a los artículos de los amigos y de los enemigos.

—Lise, buenos días —dijo él haciéndole esbozar una sonrisa. Así pudieron comer en silencio hasta que ella oyó la sintonía que precedía las noticias y la agradable voz:

*Buenos días. Esta noche han vuelto a producirse fuertes combates en Bosnia Central. Los serbios continúan huyendo de Krajina. Aquí en casa, el gobierno podría quedar en minoría por la cuestión de las ayudas a las exportaciones a Irán. Irán ratificó ayer la condena a muerte a la escritora Sara Santanda poniendo precio de su cabeza: cuatro millones de dólares. El tiempo seguirá siendo hoy cálido y soleado.*

Otra vez aquella sensación de impotencia que le producía un pinchazo en el estómago. ¿Como podían hacer eso? ¿Cómo podía existir tal fanatismo en nuestros días? ¿Cómo podía ser tan débil el gobierno de su país? ¿Cómo podía condenarse a muerte a un escritor sólo por escribir una novela que trataba de la opresión a que están sometidas las mujeres bajo el gobierno de los ayatolás? Primero Rushdie y ahora Santanda. ¿Quién sería el siguiente? Occidente nunca se había tomado en serio la defensa de Rushdie. No era pues de extrañar que los opresores persistieran en sus políticas brutales. En su fuero interno estaba que trinaba, pero no consiguió compartir sus pensamientos

con Ole. Habían pasado por eso muchas veces. Él escuchaba interesado, pero la política ya no le importaba como antes. Ni la internacional ni la local.

Dirigió su mirada hacia él: sentado con su *Berlingske*, estaba absorto en los chismorreos daneses. ¿Dónde estaba el hombre comprometido con quien se había casado? ¿Qué le había sucedido a lo largo de los años? ¿Podían el amor, el deseo y la alegría morir sin que uno se diera cuenta? Sintió que la depresión acechaba. La temía e intentaba combatirla. Temía rendirse ante ella un día y sucumbir. No quería eso. Debía sobreponerse.

Entre ellos debía de haber algo todavía, porque él levantó la vista como si hubiera notado las vibraciones de ella:

—¿Te pasa algo, Lise? —dijo.

Ella apartó el pan de un manotazo

—No. Es eso de Santanda. Qué barbaridad...

—Sí, a mí también me lo parece —dijo Ole, que suspiró y se levantó.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir? ¿No has oído lo que han dicho en la radio?

Ole miró la radio como si hasta ahora no se hubiera dado cuenta de que estaba ahí.

—Sabes perfectamente que odio escuchar la radio por la mañana. Tú insistes en tener ruido de fondo, así que he aprendido a desconectar. Sencillamente, la ignoro. No oigo lo que

dicen ni la música que ponen. Es como oír llover; nada más. Prefiero leer el periódico. No sé hacer dos cosas a la vez.

—Pues bueno.

—¿Es eso todo lo que tienes que decir?

—Me voy, Ole. ¡Que tengas un buen día!

Intentó sonar sarcástica, pero a él, o no se lo pareció o prefirió ignorarlo.

—Tú también, tesoro —se limitó a decir.

El sol la ayudó un poco a levantar el ánimo. El verano había sido largo. El tiempo, estupendo, caluroso, y Copenhague había estado bulliciosa como una ciudad sureña con puerto. A Lise le gustaba su ciudad como sólo puede gustarle a un forastero. Había llegado como becaria en prácticas al *Politiken* y ahora no sería posible sacarla de su apartamento de Østerbro. Nunca volvería a vivir en un pueblo, o en las afueras.

Salió corriendo, muy erguida en su bicicleta roja de muchas marchas con la que tanto había disfrutado aquella primavera. Observó que le lanzaban más de una mirada. Sabía que su bicicleta y ella se conjuntaban bien. A los treinta años, no está mal que algún hombre te mire así. Cosas del verano. La gente tiene mejor humor. A cada golpe de pedal su ánimo mejoraba. A cada revuelo de la falda, le mejoraba el humor. Todo iría bien. También entre ella y Ole. Podrían intentar vivir una temporada cada uno por su cuenta. No tenía por qué ser un drama. Sino un descanso. Quizá él se daría cuenta de que no

podía vivir sin ella. O ella sin él. No quería darle más vueltas. Tendrían que sentarse y hablar largo y tendido. Se dirigió a la Rådhusplads dando un rodeo por Fælledparken y la Sankt Hans Torv, que le encantaba desde que la habían renovado. Y por los lagos. Quería demorar su encuentro con el jaleo de la Rådhusplads. Esta vez el Ayuntamiento sí que había puesto la plaza patas arriba. Cada verano lo hacía, pero esta vez iban a renovarla a fondo y habían construido una central de autobuses negra, horrible. Pero ni los inútiles de los políticos, ni los arquitectos corruptos, las hamburgueserías, las fachadas horribles de las tiendas, el humo de los coches o los papeles tirados por el suelo iban a conseguir modificar su sentimiento hacia su ciudad. Hoy, al menos, el sol brillaba y no había ni una nube en el cielo. Verano danés, cuánto te quiero... ¡Este verano, al menos, no me has decepcionado!

—Tagesen quiere verte en seguida —le dijo el recepcionista cuando ella recogió el correo.

Entró en la oficina que estaba al final del pasillo.

El redactor jefe Tagesen se volvió hacia ella. Su oficina estaba más desordenada que la suya. Había libros, cartas, papeles y recortes de prensa por todas partes. Había estado observando la plaza, allá abajo, llena de polvo y ruido; a través de la ventana llegaba el ruido de las máquinas y los motores de los coches. No hacía mucho que Tagesen ocupaba el despacho de la esquina. Lise apreciaba a Tagesen. No le faltaban

razones. Se la había traído, junto a otros trabajadores de su antiguo periódico. Eso había dado lugar a murmuraciones de pasillo entre los empleados más veteranos del *Politiken*. Pero a Tagesen y a Lise aquello les daba igual. Los periodistas del *Politiken* no eran distintos a los que trabajaban en cualquier otro lugar de Dinamarca. En general, constituían uno de los colectivos más conservadores del país. Odiaban los cambios y los jefes nuevos.

—Hola, Lise —dijo Tagesen—. Veremos si esta gente consigue que algún día esto sea una plaza.

Era un hombre de constitución recia, de unos cuarenta años, y solía tirar de su espeso bigote cada vez que estaba nervioso. Y lo estaba casi siempre. Algunos le consideraban un poco golfo. A Lise le parecía que tenía un corazón apasionado. Producto de las buenas universidades americanas, en su juventud se había escorado bastante hacia la derecha, pero ahora flotaba en el centro del insulso caldo danés, que es donde acaban encontrándose tarde o temprano todos los daneses de derechas o de izquierdas al hacerse mayores y cuando la carrera acaba siendo más importante para ellos que la ideología. Era un modo de decirlo, pero Lise —excepción hecha de Ole— prefería decir que con el tiempo todos nos volvemos más sabios.

—¿Qué dices, Lise? ¿No podríamos hacer algo en el periódico? Escribe una de esas columnas tuyas y azúales un

poco. Crucifica al arquitecto. Carga contra el Ayuntamiento. ¿Qué te parece?

Tagesen hablaba deprisa, sin pausas. No necesitaba muchas horas de sueño. Era un pájaro mañanero. Era el primero en llegar al periódico, con la cabeza llena de ideas.

—Buenos días, Tagesen. ¿Ya en marcha antes que los demás se hayan tomado el desayuno? —le contestó ella.

Tagesen se estiró del bigote y se rio. Con aquella sonrisa en la cara parecía mucho más joven. A Lise le parecía atractivo y se alegraba de ser uno de sus aliados. Las alianzas en un periódico son vitales. Había hecho bien en seguir a Tagesen cuando dejó el puesto de redactor jefe para irse a la competencia y lo volvió a seguir otra vez al *Politiken*. En cierto modo su carrera iba unida a la suya.

—Siéntate, Lise —dijo.

Lise apartó un montón de papeles de una silla y se sentó. Tagesen se sentó detrás de su escritorio mientras jugueteaba con un bolígrafo. Había dejado de fumar y tenía que manejarlo todo: cortapapeles, lápices, bolígrafos, hasta doblaba las esquinas de todos los papeles.

—¡Escucha bien! ¡Te brindo la historia de tu vida! Sara Santanda está cansada de esconderse y de vivir en la oscuridad de la barbarie. Quiere aparecer en público. Salir a la luz...

Lise sintió como un cosquilleo en el estómago. Ahí había algo grande. Sabía lo que seguiría.

—Sí, Lise. Va a venir a Dinamarca. Vendrá invitada por nosotros, será presentada por nosotros. Irá de nuestra mano. Dará la cara y será admirada gracias al periódico...

—Pero si esta mañana... en las noticias... Irán acaba de...

—La condena a muerte. El aumento del precio por su cabeza. Lo sé, pero Sara ya no soporta tener que esconderse. ¡Quiere dar la cara!

Lise tuvo que levantarse. Se dirigió a la ventana y miró hacia la plaza. Los peatones hacían equilibrios para pasar por entre los tablones y los adoquines levantados. Sólo se veía el habitual ejército de brazos descubiertos y de piernas en pantalón corto.

—¿Por qué nosotros? ¿Por qué Dinamarca? —dijo al fin.

Tagesen rompía a pedacitos una hoja de papel.

—Dinamarca es un país pacífico. No hay terrorismo.

—No somos muy importantes.

—Esta historia dará la vuelta al mundo.

—¿Pero por qué el *Politiken*?

—No es pecar de falsa modestia, pero nosotros hemos contribuido bastante en el asunto Rushdie. Yo lo he hecho. Y con los kurdos. Somos un periódico activista. Además, he coincidido con Sara Santanda un par de veces, gracias a ciertos contactos... y tú la has entrevistado también en un par de

ocasiones. Ella te recuerda. Y tú presides ahora el Pen Club danés. Será cosa del PEN y de nosotros. Pero de nosotros un poco más, ¿no? Ella se alegra de volver a verte.

—¿Dónde está ahora? ¿Ha salido de Inglaterra?

—Está escondida en algún lugar de Londres. Pero está cansada de vivir encarcelada. Quiere libertad y poder decir un par de cosas sobre las supuestas «cruciales» conversaciones con Irán que nuestro gobierno está impulsando en Bruselas.

—No te llenes la boca con eso ahora, Tagesen —dijo.

—No. Ya habrá tiempo para eso más adelante... —contestó él, satisfecho.

—¿Y cuándo llega?

—Antes de un mes.

Lise volvió a sentarse. Veía que podía ser complicado. No había mucho tiempo para prepararse, y había dos cosas: Tagesen, y Sara también, querrían la máxima publicidad. Eso había pesado lo suyo en la decisión de aparecer públicamente. Por otro lado, estaban los cuerpos de seguridad, el PET<sup>1</sup>, y la policía de Copenhague que exigirían la mayor discreción y el máximo secreto. Tendría que facilitarles el trabajo. Lise los conocía de cuando la visita de Rushdie. Eran bastante cabezas

---

1.— Siglas del «Politiets Efterretningstjeneste», el Servicio secreto danés.

cuadrados pero muy profesionales. No querían correr riesgos y se tomaban su trabajo muy en serio. Usaban una fraseología extraña. En lugar de inspeccionar un apartamento y ver si podía ser un buen lugar para esconderse, decían que iban a *reconocer* la zona. Con sus constantes órdenes atosigarían a los representantes del PEN o a los escritores y periodistas que tuvieran que ver con la visita; eso inevitablemente crearía conflictos. Pero Lise, a su pesar, reconocía que sabían lo que se llevaban entre manos. No era fácil argumentar cuando el hacer o dejar de hacer lo que decían suponía poner en peligro la vida de las personas. Pero lo que no le gustaba era el modo en que envolvían todo esto.

—¿Has hablado con el PET? —preguntó ella.

—Se dice Pe-e-té —dijo Tagesen.

—¿Les has hablado?

—Sí. Quieren que mantengamos todo esto en secreto hasta que se haya dado la primera conferencia de prensa. Después, ya nos dejan lanzar la bomba.

—¿Y has aceptado?

—Les he dicho que de acuerdo. Es justo que sea así. Pero seguiremos teniendo la exclusiva.

—*Okey.*

—He concertado una cita para ti esta tarde con el oficial de seguridad que se encargará del caso. Se llama Per Toftlund. Dicen que es buen profesional. Es de tu edad. Habla con él y

vete pensando a ver qué se te ocurre. *Work something out!*<sup>2</sup> El reportaje es tuyo.

—Sí, señor —contestó ella con fingida deferencia.

—También he informado a Svendsen, del gabinete del Primer Ministro, pero, por lo demás, esto queda entre tú y yo ¿eh Lise?

—Claro.

—*Okey...* y saluda a Ole de mi parte ¿eh?

—Sí —dijo ella, pero sabía que Tagesen ya tenía algún otro asunto en la cabeza. No había por qué darle explicaciones sobre cómo estaba la cosa con Ole. Tampoco es que a Tagesen le interesara mucho. A él le interesaban las ideas y el periódico. No las personas. Quizá era duro expresarlo así, pensó. Pero cuando había algo personal, él siempre desviaba la mirada. A pesar de todo, y a su manera, eran buenos amigos.

Tagesen acababa de poner en marcha una historia y contaba con ella para sacarla adelante. Si había problemas, ella ya lo llamaría. Confiaba en ella. A Lise un jefe así le gustaba. No era como otros, que querían un *coach* durante todo el proceso, por usar uno de estos anglicismos que infestaban los medios periodísticos daneses.

Ella prefería hacer las cosas sola.

---

2.— «¡Invéntate algo!» En inglés en el original.



EL INSPECTOR DE LA BRIGADA criminal, Per Toftlund, tenía resaca. Lo que más le dolía era la nuca y su garganta rasposa era como un viejo disco de vinilo rayado. Lo veía todo un poco velado, y era como si dos dedos poderosos le horadaran la nuca. En principio él no tenía nada en contra de la resaca. Era un castigo merecido por maltratar el cuerpo. Pero si tenía que ir a trabajar, sí que le importunaba. Nunca hubiera aceptado asistir a una despedida de soltero de haber sabido que Vuldom lo llamaría al día siguiente. Por mucho que Jens fuera el último de la pandilla en pasar por el altar. Sin contarle a él, claro. Habían empinado bien el codo, como sólo los antiguos

submarinistas saben hacerlo. Ahora todos se dedicarían a la casa y los niños y, cuando se reunieran, él sería el único solterón del grupo. No había razón para lamentarse. Él mismo así lo había elegido y ellos se habían ido haciendo poco a poco a la vida de familia. Él se ya había acostumbrado a ver la juventud como algo propio de su pasado. Podría suceder que algún día reconsiderara lo de tener mujer, niños y un nidito agradable. Pero para entonces sería demasiado tarde.

Se bebió medio litro de Coca-cola y se obligó a hacer veinticinco flexiones antes de darse una ducha con agua bien caliente y, luego, bien fría. Se afeitó. Le dolía la cabeza y el chirrido de la máquina de afeitar le martirizaba los oídos. Echó en un vaso dos aspirinas efervescentes. Se tomó un tazón de leche con *corn-flakes* y se bebió un tazón enorme de café bien negro. Al fondo se oía la radio. La cocina era pequeña y moderna. Había una mesa para dos, un lavaplatos, un microondas y, de unos ganchos, sobre la mesa, colgaban unas sartenes y unos cazos de cobre. Todo impecable. Él mismo se encargaba de la limpieza. La asistenta que había tenido no lo hacía suficientemente bien. Como militar que había sido, el orden le hacía sentirse bien. Le gustaba tener su apartamento ordenado, las camisas planchadas, las rayas del pantalón bien marcadas y los zapatos muy limpios. El ejército le había enseñado a hacérselo todo él mismo. Se puso un par de Levis recién planchados, una camisa clara, una corbata azul y una

chaqueta de verano, que le llegaba hasta la cadera, pues debía cubrir la pistola que llevaba en la funda. El apartamento tenía, además, un agradable salón, un dormitorio y otra habitación más pequeña para los libros y el ordenador. Los muebles eran claros y funcionales. Y tenía unas buenas vistas sobre los edificios bajos de Albertslund y el bosque de Vestskov, donde el sol de la mañana le daba a los árboles un tono verde grisáceo; sobre el horizonte se extendía una franja de *smog* y niebla.

Cogió el coche. Sabía que no debía. No había pasado el tiempo suficiente para que hubiera eliminado el alcohol del cuerpo, pero llegaba tarde y no podía soportar tomar el metro o el autobús. Si le paraba la policía, enseñaría la placa, y sólo un colega con cabeza de chorlito le haría soplar. Mejor dicho, en ese caso le enseñaría el nuevo carnet que había reemplazado a la antigua tarjeta de identificación. No iba a pasar nada, a no ser que tuviera un accidente, claro. Conocía bien el coche. Además, estaba encantado con su BMW azul. Era su único lujo. Un buen pellizco que había tenido que sacar de su cuenta de ahorros, pero que disfrutaba cada día. La carretera estaba despejada y no había mucho tráfico cuando se dirigió hacia la estación de policía de Bellahøj, donde en un moderno edificio de cemento se encontraba la Sección G, el Servicio de Inteligencia danés.

¿Por qué lo habría llamado la secretaria de Vuldom? Él se había pedido libres aquellos dos días desde hacía tiempo y

le quedaban un montón de horas por recuperar. Esperaba no tener que encargarse del príncipe heredero. Le fastidiaba, la verdad. Ya le había tocado varias veces tener que estar sentado con un vaso de agua mientras los jovencitos armaban una juer-ga de campeonato. De hecho no había nada malo en ello. De joven, él tampoco había sido lo que se dice uno santo. Y ahora el príncipe se había sacado el carnet de submarinista, lo cual lo convertía en uno de ellos. Para él sólo eso ya era como para sacarse el sombrero. El príncipe había tenido que pasar por las mismas pruebas y realizar los mismos estudios que ellos. Per nunca en la vida había hecho algo tan duro. Tener que vigilar al príncipe resultaba muy pesado, aunque claro, era una cosa muy seria por tratarse de quien se trataba y porque la prensa le andaba todo el día pisándole los talones.

Tener resaca y no poder evitar vérselas cara a cara con Vuldom no le hacía ni pizca de gracia. Sabía bien que ni la ducha ni el desodorante eliminaban el olor a taberna vieja que despedía cada uno de sus poros. Casi no había pegado ojo. Ahora mismo estaba exudando el resto de alcohol. Vuldom era una buena jefa. Él no tenía nada en contra de las mujeres jefas, ni tenía tiempo de entretenerse en la cantina con los otros compañeros haciendo juegos de palabras sobre su apellido. Llamarla «Vulva» no entraba en su esquema de lo que era el humor. Mientras un jefe fuera competente, le daba igual que fuera hombre, mujer, gay o lesbiana. Eso era asunto suyo.

Además él pertenecía a una generación que había sido cuidado y educado por mujeres. Curiosamente, los hombres no habían hecho acto de presencia en su vida hasta que entró en el ejército. Las mujeres habían estado al mando en la guardería, en el jardín de infancia, en el centro de ocio y en la escuela. A su padre casi no lo había conocido. Se había vuelto a casar y se había ido a vivir a Jutlandia cuando él tenía tres años. Su madre lo había criado. Varios hombres habían vivido cierto tiempo en el apartamento, pero fue su madre quien siempre llevó los pantalones.

¿Acaso era ésa la razón que le impedía atarse a ninguna mujer?, pensó. Aparcó el BMW en el parking junto al edificio grande y bajo. En la mayor parte de su vida las mujeres habían decidido por él. Pero no había nada que hacer. ¡En pocos años las mujeres serían mayoría entre los jueces, fiscales, abogados, y jefes del sector público! ¡Y vete tú a saber dónde más! Así era la cosa.

Saludó a un compañero del servicio de tráfico, que estaba allí con todo su equipo de motorista y cara de impaciencia por lanzarse a la carretera a disfrutar del buen tiempo. El dolor de cabeza le había desaparecido, pero seguía teniendo la garganta y la voz como las del perro de aquella vieja canción en la que bebía cerveza y aullaba. Se encontraba bastante bien. Estaba preparado para hacer cualquier cosa. O para ver a quien fuera...

Jytte Vuldom lo recibió en seguida. Per notó que estaba de buen humor. No había hecho ningún comentario sobre sus ojos enrojecidos. Sólo dijo que lamentaba haber tenido que llamarle en su día libre. Per pensaba que para haber cumplido los cincuenta la jefa estaba más que bien. Tenía una cara agraciada, un cuerpo esbelto, unos ojos marrones, brillantes y una voz que sabía modular. Lo único que para él era una pena es que tuviera que estar siempre fumando aquellos cigarrillos largos mentolados y que nunca preguntara si molestaba. Apagó el cigarrillo, y le preguntó si quería café. Él asintió con la cabeza y ella llenó una taza del termo blanco que siempre reposaba sobre el escritorio junto a una fotografía de su marido y sus dos hijos, ya mayores. Estas mujeres fuertes..., pensó Per. Han tenido que luchar más que los hombres y cuando llegan lejos les gusta el poder y demostrar su mucho talento en haberlo conseguirlo.

Le alcanzó el café y le enseñó una fotografía. Era una fotografía en color de una mujer joven, de piel oscura, con el pelo corto y rizado. Aparecía muy seria, sin sonreír. Tenía los ojos oscuros, la cara redonda con una boquita redonda y un par de pendientes de oro. Rondaría los cuarenta.

—¿La conoces, Per?

Él miró la foto.

—Sí. Ha aparecido mucho en los medios. Es escritora. Sara... algo.

—Santanda.

—¡Ah, sí! Santanda. Esos bestias de iranés han puesto precio a su cabeza. Vive escondida en Inglaterra, como Rushdie.

—Aún peor, sabes. Porque es una mujer.

—Y, ¿qué ha escrito? —preguntó él.

Per arrugó la nariz cuando Vuldom volvió a encender un cigarrillo. Ella frunció el labio como reprendiéndole por algo, pero no hizo ningún comentario. Ella era la jefa y en el despacho de la jefa mandaba ella. Los fanáticos anti-tabaco sabían que allí había que mantener la boca cerrada.

—Hace cinco años escribió una serie de ensayos sobre el trato que reciben las mujeres por parte de los fundamentalistas religiosos en Irán. Y sobre cómo manipulan y tergiversan el Corán. Ella pudo escapar del país con los manuscritos, pero en Irán circulan copias y casetes. Se está convertido en un animal político. Piensa como una occidental, como Çiller en Turquía. Es hija de un hombre de negocios inglés y de madre iraní. Pero tiene nacionalidad iraní y está condenada a muerte *in absentia* por alta traición. En su última novela relata la historia de un mulá ambicioso y despiadado con sus mujeres; si desobedecían, las obligaba a comer carne de cerdo. Los iranés quieren quitársela de en medio, aunque, claro, no lo dirán oficialmente.

Per sonrió y dijo:

—Ironías del destino, ¿no?

—¿Qué tiene eso de ironía, Per?

—Así es como Jomeini hundió al Sah. Los discursos de Jomeini circulaban en casetes. Es muy efectivo en un país lleno de analfabetos.

—Sara Santanda viene a Copenhague dentro de un mes. Te ocuparás de protegerla y te encargarás de la seguridad durante toda la visita.

—¿Quién invita? ¿El gobierno?

—El *Politiken*. Tu contacto es Lise Carlsen.

—¿Quién es?

—Toftlund, ¿no sigues la actualidad cultural?

—Pues no.

Vuldom lo desaprobó con un gesto, como a un niño que no ha hecho los deberes, pero a Per le daba lo mismo. Él leía las noticias de política, economía, sucesos y deportes. La cultura no le interesaba. La mayoría de artistas daneses se quejaban todo el día de su situación económica, y a Per le parecía que sólo les interesaba chupar de las arcas públicas. Cuando leía libros, solían ser *thrillers* internacionales en inglés, pero prefería ver películas.

—Es la presidente del Pen Club danés. Una de las presidentes más jóvenes de la organización y una de las pocas mujeres en el mundo que ocupa ese cargo. Trabaja bien. Es periodista del *Politiken* y ejercerá de anfitriona en nuestro asunto.

—Pero aquí quien manda es el anfitrión, ¿no?

—El anfitrión y la anfitriona tendrán que trabajar juntos y procurar que los invitados se sientan bien recibidos. ¿Está claro, Toftlund?

—Sí, bastante claro.

Ella se inclinó sobre el escritorio donde había dos montones bien ordenados de carpetillas verdes. Bajó el tono de voz. A Per le encantaba esa voz grave y rasposa, de fumadora, que le recordaba a Lauren Bacall en *The Big Sleep*.

—Es una operación de vigilancia complicada, Per. Ya lo sé. Y no contamos con muchos recursos. Tenemos la cumbre a finales de otoño y eso ya se nos come una buena parte de los efectivos, y también hay que contar con que el Pen Club, la escritora y el periódico querrán darle la mayor publicidad posible a la visita. De eso va la cosa. Para ellos, claro. Para nosotros, se trata de obtener la mayor seguridad. Así que, Toftlund, no pierdas de vista ni un minuto a Sara Santanda.

—Máxima publicidad y máxima seguridad no son muy compatibles.

—Que sean compatibles será tu trabajo, y el de Lise Carlsen. Pero que no le suceda nada a la escritora. ¿Entendido? Primero la seguridad; la prensa, luego.

—Hay otra cosa... —dijo Per.

Y sorbió un poco de café. Vuldom esperó. Éste era uno de sus lados buenos. Daba una orden, planteaba la situación y

contaba con que uno la realizara, pero también daba tiempo a pensar una respuesta. Quería buenas respuestas, no respuestas ingeniosas. Per volvió a sorber un poco de café y prosiguió:

—Los políticos se pondrán de los nervios. Habrá mar de fondo...

—Sí, Per, ¿y?

—Y... es que Dinamarca, con sus exportaciones a Irán, obtiene ganancias del orden de un par de miles de millones al año. Ha habido mucha polémica en la prensa sobre un pedido iraní a la fábrica de locomotoras de Randers. Esa empresa está con el agua al cuello, así que...

—Así que este asunto no le incumbe a la policía —dijo Voldom mirando sin disimulo su reloj. Per no insistió, aun sabiendo que la cosa no era tan sencilla. Cuando andaban en danza políticos y periodistas, no existía la más mínima probabilidad de mantener algo en secreto. Unos y otros vivían de filtrar noticias y de restregárselo luego mutuamente a la cara. La mayoría de políticos venderían a su madre por un par de minutos en televisión. Ahora veía con claridad el marrón que Voldom, tan elegantemente, le había endosado. Levantó la cabeza, pero ella se le anticipó y dijo, dando por terminada la reunión:

—Imagino que tendrás un montón de cosas que hacer.

Per Toftlund colgó la americana en una percha en su despacho y llamó a John Nikolajsen. Habían trabajado jun-

tos en asuntos importantes como guardaespaldas para la casa real o para visitantes de alto *standing*. Para cualquier policía del mundo, poder trabajar en equipo requiere gran confianza mutua. Entre ellos, esa confianza existía. Afortunadamente, a John no le habían asignado ninguna tarea relacionada con la cumbre. Para la fase de planificación podrían contar además con otros dos agentes; Per le pidió a John que los buscara y que, en una hora, se reunieran todos en la sala del segundo piso. De momento, podría servir de sala de operaciones. Llamó al *Politiken* y concertó una cita con Lise Carlsen. Su voz era suave y agradable. Con un poco de acento de Jutlandia, le pareció. ¿Sería tan amable de estar en el Café Norden a las tres?

Y se puso manos a la obra para preparar la reunión. Tuvo la impresión de que el mes se le iba a pasar volando.

Al cabo de una hora larga, pasó revista a su equipo. No era muy numerosos pero los que eran le gustaron. Aparte de John, estaba Bente Carlsen, de unos treinta y pocos años, una muy buena agente y compañera; y Frands Petersen que, sin ser el hombre más listo del mundo, era metódico y minucioso y sabía fajarse con las tediosas tareas de investigación y vigilancia. Con Bente no había trabajado nunca antes, pero de ella sólo había oído elogios. Las mujeres agentes le gustaban. En situaciones críticas solían mantener la cabeza fría y dar lo mejor de sí mismas. Les era más difícil que a los

hombres hacer carrera, pero poco a poco eran más las que lo lograban. Era un equipo pequeño, pero por ahora serviría. Cuando el personaje en cuestión llegara a la ciudad contarían con la ayuda de la unidad de vigilancia de la policía de Copenhague.

La sala era amplia, con dos ventanas dobles por donde entraba un hermoso sol de agosto, que iluminaba un par de escritorios viejos, un par de ordenadores, algunos teléfonos y un proyector, que estaba junto a Per. En un tablero blanco, en letras rojas, Per había escrito: SIMBA. La cafetera resoplaba en un rincón, y ya había cuatro vasos de papel humeantes. Todos iban de paisano: pantalón vaquero y en mangas de camisa, que era casi como el uniforme de todo aquel que hubiera trabajado en temas de seguridad.

—Bien —dijo Per. Se levantó, dejó el vaso de café y colocó una diapositiva sobre el cristal del proyector. Su resaca se había reducido a un leve ardor de estómago.

La imagen mostraba a Sara Santanda en una toma frontal. Una cara redonda con una sonrisa esbozada, el pelo negro, rizado, corto, y un par de pendientes muy brillantes.

—Este es nuestro *Sujeto*, amigos —continuó Per—. La escritora Sara Santanda de quien ninguno de vosotros, gente ignorante, habrá oído hablar. Pero ha escrito un par de libros, y de ahí que esos locos sacerdotes iraníes la hayan condenado a muerte. Desde este momento el *Sujeto* se llama Simba. Así la

llamaremos entre nosotros, en los informes, en las notas y en los ordenadores, *¿comprende?*<sup>3</sup>

Todos sonrieron y asintieron con la cabeza. Conocían a Per. Le gustaba presumir un poco aderezando sus frases con unos toques de pimienta. A algunos les parecía cargante, pero a John no le molestaba, porque sabía que así era cómo Per actuaba para poder formular las cosas ordenadamente y recordarlas después. Además, Per sentía debilidad por lo español y lo sudamericano.

John dijo riendo:

—¿De dónde diablos te sacas estos nombre en clave, Per? ¡Simba! ¿Cuál será el próximo? ¿Mowgli?

Los demás se rieron. Bente tenía los dientes algo desviados y al reírse soltaba como un pequeño rebuzno. Quizá era mero nerviosismo. Se le pasaría en cuanto empezaran a trabajar.

—El perro que tuve de pequeño se llamaba así —dijo Per.

Eso provocó nuevas risas. Él les dejó reírse. Estaba muy bien empezar la primera reunión operativa con risas. Seguro que sería un buen equipo.

Per levantó la mano.

---

3.— En español en el original.

—Bajemos ahora un poco el volumen. Simba llega en menos de un mes. Ha elegido Copenhague para enseñar su cara bonita después de haberla tenido escondida durante un año. Los colegas en Londres la protegen de sol a sol. Es escritora, así que debe de estar un poco chiflada. Estará rodeada de escritores y de periodistas daneses, que como ya sabéis, pueden ser una plaga y no tienen ni puta idea de temas de seguridad.

Bente se aclaró la garganta. Per se interrumpió y la miró, amable:

—¿Sí, Bente?

—Tanto musulmán exaltado no hay en Dinamarca. Tenemos vigiladas a las células egipcias. Sabemos con quiénes se relacionan. Y la mayoría de musulmanes, si llega el caso, seguro que echarán una mano. Así que con vigilar a los cuatro exaltados, podemos...

—No son sólo los fanáticos los que nos preocupan. —Per cogió un rotulador y se lo pasó de una mano a la otra—. Los verdaderos creyentes que se la carguen se van derechitos al cielo con Alá. Es su droga. Pero el Estado de Irán brinda ahora también a los paganos una oportunidad: la recompensa por liquidar a Simba es, a fecha de hoy, de cuatro millones de dólares.

Le gustó la reacción de sus colegas. Se miraron unos a otros y soltaron un silbido entre dientes. La cantidad era una buena indicación del calibre y la gravedad del asunto.

—Sí. Tentador ¿no? —dijo—. Tanto para matones profesionales como para no profesionales. Para cualquiera que pueda acercarse a Simba.

Se volvió otra vez hacia el tablero y mientras escribía unas palabras clave dijo:

—Tendremos que buscar algunas casas seguras; una ruta del aeropuerto a la casa y otra ruta alternativa; habrá que conseguir transporte para ir desde allí a la conferencia de prensa, que el recinto sea seguro y, mal les pese a los periodistas, tendremos que mantener un fuerte control sobre todo el que se acerque a Simba. *¿Comprende?*

—Y ¿de recursos cómo andamos...? —volvía a ser Bente. Quería estar segura de poder formar parte del quipo desde el principio.

—Como siempre, insuficientes. No como en las visitas de estado —dijo Per—. Así que la cosa está en mantener la visita en secreto; entrar al *Sujeto*; conferencia de prensa, y sacar al *Sujeto*. Fin de la operación.

—Vale —dijo Bente.

—Pues venga, Per, ¡suéltalo ya todo! —dijo Frands. Frands era un tipo gordinflón a quien costaba mantener el estómago hacia adentro. Parecía a punto de rendirse fácilmente y dejar colgar su barriga por encima del cinturón.

Per se rio, se cuadró, y dijo en tono solemne:

—El *Secret Service* perdió a Kennedy y no pudo evitar que hirieran a Reagan. Nosotros no hemos perdido nunca a nadie. Que Simba no vaya a ser la primera.

John y Frands patearon el suelo vitoreándole. Bente parecía no entender dónde estaba lo cómico a la situación.

—Pero esto es Dinamarca —dijo Bente.

Per la miró:

—Eso es, Bente. Y estadísticamente la suerte no siempre va a seguir estando de nuestro lado. Así que... ¡*vamos!*

Per Toftlund encontró un espacio y aparcó el BMW junto a la Gammel Strand. Metió unas monedas en el parquímetro y anduvo un trecho a lo largo del canal. La gente, sentada al borde del muelle, balanceaba las piernas y bebía cerveza y Coca-cola. Llegaba antes de la hora acordada, pero lo hacía a propósito. La ciudad olía a verano rancio: una mezcla de *smog* y de sol mezclado con el olor a cerveza y a comida que salía de las terrazas y las puertas abiertas de las cocinas de los restaurantes. La piel de los brazos y piernas de los ciclistas oscilaba entre el rojo y el marrón bronceado. Callejeando, al calor del sol, llegó al café y buscó una mesa en el interior, en un rincón apartado, desde donde poder ver la puerta. Se acercó a la barra a por un café y, como habían acordado, se sentó con un ejemplar del periódico *Ekstra Bladet* bien a la vista frente a él.

En seguida la vio llegar. Tenía la expresión de alguien que busca a alguien, pero él de todos modos habría sabido que era ella. Era guapa y tenía buena figura, pero eso lo tienen muchas mujeres. Le gustó su modo de levantar la cabeza y echarse la melena rubia hacia atrás, y el modo suave en que ponía los pies sobre el suelo embaldosado. Sus piernas, debajo de aquella falda de verano, también eran bonitas, y no llevaba demasiado maquillaje. Estimó su edad en unos treinta años; dos arriba, dos abajo. Probablemente seguiría aparentando esa edad hasta haber cumplido los cuarenta. Si no resultaba peleona, sería un placer trabajar con ella.

Al entrar tenía cierto aire dubitativo, pero se la veía una chica acostumbrada a los cafés. Una de esas chicas desenvueltas que entran y salen de los locales considerados lo más «in» del momento en ciertos círculos de Copenhague. Pero esta vez miraba alrededor, buscando, como si le resultara incómodo estar allí esperando a alguien al que no conocía. Como si no estuviera en absoluto acostumbrada a esperar. Pero pensó que parecía una pésima actriz de las que aparecen en películas malas de la serie B. La dejó que siguiera buscando un momento y entonces levantó el *Ekstra Bladet* y esbozó una sonrisa. Ella también sonrió. Esa sonrisa no le sentaba nada mal a la cara. Se apresuró hacia la mesa donde estaba él, y se sentó. Pero empezó a hablar casi inmediatamente mientras observaba cómo el rostro de ella pasaba del asombro al enfado. El azul de sus

ojos viraba al gris cuando en enojaba. Por experiencia, Per sabía que había que marcar distancias desde el principio. Dejar bien claro quién llevaba la voz cantante. Una vez establecidas las jerarquías, el trabajo en equipo iba mucho mejor. Los intelectuales siempre se creían con derecho a llevar la batuta, pero eso no era así cuando el que se encargaba de la seguridad era él.

—Llega tarde —dijo él.

—Tenía un asunto que terminar.

Decididamente, tenía cierto acento de Jutlandia.

—Llegar tarde no es de recibo. No me gusta. *¿Comprende?* <sup>4</sup>

Ella lo miró como si contemplara a un marciano.

Hubiera querido arreglar la situación bromeando pero la respuesta que recibió lo retuvo.

—*Entiendo, coño* <sup>5</sup> —dijo Lise Carlsen con toda la calma del mundo.

Per se reclinó en su asiento y soltó una risita deseando que hubiera sonado menos socarrona.

—¡Caramba!

—Gracias. Yo *también* tomaré un café.

---

4.— En español en el original.

5.— En español en el original.

—¿Solo?

—Sí, bien negro.

Él se levantó y se dirigió a la barra. Lise lo siguió con la mirada. Era un grosero prepotente. La primera impresión es la que vale. Quiso pensar que eso era una tontería, pero le gustaba la frase. Su aspecto, en cambio, si a uno le agradaban los tipos deportivos con estudiada barba de diseño de dos o tres días, no estaba nada mal. La ropa que llevaba estaba bien. Era de gusto algo clásico, prendas que no pasan de moda, limpias y bien planchadas. No sabía mucho de policías y de sus vidas, pero no consideraba que quienes buscaban un trabajo más parecido a la vida militar que a la vida civil fuesen la gente más inteligente del país. Llevar pistola y tener cierto poder sobre la gente quizá es lo que le daba a él esa sensación de seguridad. Si lograba retener la idea, podría servirle para un próximo artículo. De todos modos, ella había sabido establecer una relación de igual a igual desde el principio. Él le había soltado esa tontería en español y ella se la había devuelto a la cara como diciendo: veo de qué vas, imbécil.

Per Toftlund regresó y le puso el café delante con un «aquí tiene». Lise alargó la mano para estrechársela pero en el gesto estuvo a punto de verter su taza medio llena. Ella se presentó, dijo cómo se llamaba y Per contestó un poco aturrullado:

—Per Toftlund... imbécil. Yo, quiero decir, yo, no usted. ¿Cómo ha dicho?

Se rieron. Él tenía una bonita sonrisa, los dientes blancos y bien colocados y el hoyuelo de la simpatía; un mentón fuerte, ojos marrones y un pelo oscuro que empezaba a aclarársele en las sienes, cosa que no parecía querer ocultar. A ella eso le gustó y al darse cuenta de lo que estaba pensando, se sintió un poco azorada.

—Así que sabe español —dijo ella cogiendo la taza.

—Como Hemingway.

—Vaya, hubiera dicho que es justo el escritor que le va.

—Puedo leerlo... si me empeño en ello.

—Ah, ¿sí? —dijo ella.

Él se terminó el café y la observó. Ella tuvo que hacer un esfuerzo para dejar su taza sobre el plato, rebuscar en el bolso y sacar los cigarrillos.

—¿Le molesta?

—No, si no me viene a la cara —dijo él.

—¿Integrista?

—Sólo juicioso —contestó él.

Ella encendió el cigarrillo y sopló desviando el humo para no molestarle.

—¿Dónde estábamos? —dijo ella.

Per se inclinó sobre la mesa y le habló muy bajo, como una pareja de novios que se hace confidencias.

—Hemos de hablar de alguien que se llama Simba.

—¿Qué? —dijo Lise.

—Sara S., que a partir de ahora se llamará Simba. Tenemos que encontrar el modo de trabajar juntos. Usted la pasea y yo la mantengo viva. ¿*Okey*?

—¡*Okey*! Pero yo soy un ser pensante y mi manera de entender un trabajo en equipo no es que usted da las órdenes y que yo y el Pen Club juntemos los talones y digamos «a la orden mi comandante» como si fuésemos reclutas.

Él la miró.

—¿Quién más sabe que Simba va a venir? —preguntó.

—Tagesen, es decir mi redactor jefe; yo; usted; el Primer Ministro y su secretario de estado. Tagesen conoce personalmente al Primer Ministro y le ha informado para que usted y su gente se ocupen del caso.

—Bien. Pero que el grupo de gente que esté al corriente sea lo más reducido posible.

—No puede tener a Santanda secuestrada...

—Simba.

—Esto no tiene sentido. Ella tiene que ver a la gente. ¿No entiende que se trata justamente de eso?

—No, no se trata de eso.

—Pues, ¿de qué?

—De mantenerla viva —dijo Per.